

Saber de qué se trata

Por Pablo Levín
Economista

"No sonrías, lamentos, ni condenes; comprende"
"Non ridere, non lugere, neque detestari, sed intelligere"
B. Spinoza

Para criticar el orden político vigente en este país sobran razón y ocasión. La versión más sencilla de esa crítica se limita a contrastar el orden existente con el concepto inscrito en la Constitución Nacional. Las leyes fundamentales de la República establecen que en ella impera el pueblo por medio de sus representantes. Gobierno sólo de este modo, pero sólo él gobierna: el carácter democrático de todo el orden jurídico y político reposa por entero en la responsabilidad de los gobernantes ante los gobernados.

Aquellos, en consecuencia: gobernantes, legisladores, y jueces, han recibido mandatos vinculantes, y, en función de éstos, poderes revocables, en forma de autoridad, reconocimientos, cargos, símbolos, magistra-

turas, dignidades, prerrogativas, autoridad, poder. Los gobernantes democráticos no lo son porque han sometido a sus gobernados sino que en tanto mandatarios responden a sus mandantes.

La contraparte del principio de responsabilidad es el derecho de rebelión. Originalmente un derecho aristocrático de raíces germánicas, fue elevado a concepto universal por la filosofía política burguesa en los albores de la Modernidad. La universalización del derecho de rebelión es una conquista de primera magnitud en la historia de la civilización capitalista. En conjunción con ese derecho popular, el principio de la responsabilidad política es el fundamento de la Democracia, entendiéndose por Democracia el ejercicio y la realización de la Soberanía Popular. ¡Lo único que limita el

derecho de rebelión es su mismo fundamento, el principio de responsabilidad!

No hay poder sin responsabilidad. El régimen vigente en nuestro país, llamándose a sí mismo constitucional y democrático, soslaya cada día más desfachatadamente su responsabilidad constitucional, aunque no su responsabilidad, puesto que legisladores y gobernantes responden a otros mandantes que no son el establecido por las leyes fundamentales de la República. El discurso político estándar admite ya sin vueltas que el Gobierno se ha sometido a exigencias y controles espurios.

La historia oficial esconde ("lava") el origen fraudulento de la mayor parte de la deuda del Estado y calla las conocidas responsabilidades -políticas y penales- de las personas que urdieron, perpetraron y consintieron la estafa contra el país.

La trampa ideológica encubre la trampa financiera y es parte de ella. La mistificación exculpatoria invoca una situación de gravedad excepcional, señalando una imponente conjunción de consideraciones que determinan la prelación suprema de "la" deuda del Estado Nacional. Son de orden moral y natural. Moral, porque tocan el honor de la República (como si algo de honor quedara a la República, luego de desatender el mandato popular) Natural, porque las leyes que imponen la prelación suprema del compromiso fiscal conllevan el carácter ineluctable de la ley de la aceleración de la gravedad. Condicionada primero por el "mainstream" académico, acondicionada luego según gusto y medida de chantajistas institucionales locales, caciques corporativos, lobbymen y afines, la "ciencia" bien entendida es concluyente: únicamente "honrando" "la" deuda; honrándola si es necesario, y vaya si lo es, a expensas de compromisos subalternos, éstos podrían ser atendidos, a su debido tiempo.

La respuesta más moderada, compatible con la dignidad de la República, es esta: la

deuda debe honrarse, sí, pero con honra republicana: que se identifique y se juzgue a los responsables de la estafa: a quienes habiendo contraído deuda fueron beneficiados, con su consentimiento, por su estatización, a quienes urdieron la estatización, a quienes la convalidaron, la lavaron, la transfirieron a acreedores presuntamente inocentes, etc.; a quienes luego concibieron y ejecutaron el mecanismo diabólico de crecimiento incesante y explotación usuraria de la deuda pública denominado "convertibilidad".

La jerga oficial es portadora de un mensaje extorsivo. Usada con petulancia y sin asomo de crítica por gente que dice saber de qué se trata, comprende locuciones y términos que remedan tecnicismos como (entre otros): "globalización", "apertura", "los mercados", "riesgo país", "blindaje financiero", "misión de monitoreo", "stand by", "waiver".

"Convertibilidad", la pieza rutilante de la terminología, no llegó a estos confines con los vidrios de colores que los nativos comen ávidamente. Es argentina de ley. Usase "convertibilidad" como metonimia para designar en su fase presente la singular sucesión de "modelos" de macro-extorsión pública montados en torno a "la deuda". La secuencia fue instalada por medio del último gobierno militar de facto; y, como acabamos de recordar, convalidada, profundizada, institucionalizada y "lavada", con la complicidad de gobiernos constitucionales que la perfeccionaron con la "convertibilidad".

El acreedor extorsivo es insaciable y poco a poco el deudor paga para vivir y vive para pagar, con todos sus ingresos y sus patrimonios, presentes y futuros. El montaje de la trampa comprendió la brutal reducción de los salarios, el infame saqueo de los fondos previsionales, y la desastrosa privatización de las empresas públicas: su entrega a precio vil, con corrupción, sin regulación. El ánimo público fue preparado para tolerar el despojo, incluso para reclamarlo. Hubo

para ello campañas oficiales de descrédito de la empresa pública, reforzadas por una política de deliberado abandono administrativo, y finalmente por el engaño malicioso sobre el noble destino que se daría a los fondos obtenidos de su venta.

Aquellos, como otros crímenes contra el país y contra la Nación, permanecen impunes. La "convertibilidad" no fue sino un eslabón en la secuencia de operaciones fraudulentas y mecanismos infames que gradualmente convirtieron la deuda ilegítima en el cepo que estranguló la acumulación del capital.

El hecho destacado de la situación local presente es que ha quedado vacante la hegemonía social. La acaudalada y corrupta gran burguesía nacional virtualmente quedó subsumida al capital internacional, llevándose sus capitales al exterior, cediendo uno tras otro los puestos de mando de sus empresas en la avalancha de "take overs", y quedando a las órdenes de los nuevos patrones como expertos abrepuestas relúcidas, profundos conocedores de la manera de hacer negocios en la penumbra de la legalidad.

La hegemonía social tiene como requisito mínimo un viso de legitimidad, cuyo fundamento es la capacidad de la clase dirigente de representar una esperanza verosímil de progreso para sus dominados. Ese requisito, y ese fundamento, están suspendidos, abriéndose una nueva perspectiva histórica para la habilitación de nuevas formas de hacer política. Los obstáculos parecen, empero, formidables.

Los sufrimientos de la clase trabajadora son infernales, excepto por el redescubrimiento de viejas formas de solidaridad y la exploración de nuevas formas de lucha. No menos de la mitad está desocupada y subocupada y la mayor parte de los ocupados trabajan en empresas de capital que ya no son viables.

La situación de la pequeña burguesía es literalmente de terror. Presa de la usura, se endeuda cada vez más, y más onerosamente, no con el propósito de hacer nuevos negocios sino para prolongar su agonía. Agobiada de impuestos, acosada por la misma policía tributaria que hace la vista gorda a la evasión de los grandes contribuyentes, sobrevive precariamente participando de la economía

negra, involucrándose en el vil comercio de las facturas "truchas", perfeccionando, en fin, la práctica de evadir obligaciones tributarias y previsionales, y, aprovechándose en toda forma de la desprotección de los trabajadores amena-

zados por la desocupación, para explotar más allá de toda medida a sus empleados.

En suma, el "modelo" es materialmente insostenible con arreglo a sus propios términos. Encuentra un límite intrínseco en sus propias exigencias, en conjunto contradictorias, pues lleva impreso el sello de su concepción especulativa y cortoplacista. A medida que la parálisis productiva convierte a la población de un país capitalista relativamente próspero en una multitud desamparada y desesperada, el Estado Nacional, encarnación suprema del interés común, se somete y se declara sometido a intereses particulares privados y erige las exigencias de éstos por encima de las leyes

«Los gobernantes
democráticos no lo son
porque han sometido a sus
gobernados sino que en
tanto mandatarios responden
a sus mandantes».

fundamentales de la República.

Como consecuencia inevitable de la amputación que ha sufrido, el orden jurídico languidece apestado por el autoritarismo, la corrupción, la ineficiencia, y "funciona" en esferas circunscriptas, como la Justicia civil y penal. La majestad y el esplendor que sólo puede brindarle a todo el sistema la plena vigencia de las instituciones del derecho público, se han desvanecido, dejando al desnudo el compromiso del Estado con el privilegio.

En todos los órdenes, el desamparo social cobra dimensiones desesperantes con la desocupación masiva, la precarización laboral generalizada, la caída desastrosa de las tasas de salario, el saqueo de los recursos previsionales, la entrega del sistema de servicios médicos al capitalismo salvaje, la infame expropiación de los jubilados, la destrucción inmisericorde del medio natural, que muestra a las claras que las fuerzas productivas desarrolladas en el marco del capitalismo ya no pueden ser administradas en este sistema.

Una particularidad de los países del purgatorio capitalista, como el nuestro, es que en ellos, más que en otros, el espíritu popular ha acogido la Educación como una necesidad básica. Por circunstancias propias de la historia local, la Educación Pública es el campo en el que se cimentaron los más elevados valores de la República. Aquí los Jíbaros ministeriales, reducidos de cabezas, encargados de achicar el gasto público a tontas y a ciegas (sin asomo de horizonte de desarrollo civilizatorio), hallaron algunos

huesos duros de quebrar. La Escuela Pública les brindó la lección, a ellos y al mundo, con el ejemplo de los maestros argentinos que, en defensa de este infortunado país, instalaron su magnífica carpa blanca frente al edificio donde debería sesionar el Honorable Congreso de la Nación.

La Universidad Pública puede ser considerada desde diversos puntos de vista, incluso por quienes no saben ver en ella sino un objeto propicio para el recorte presupuestario. Para Procusto, empero, la cosa es más sencilla, ya que domina las astutas artes de manipulación burocrática: puestas las pautas de recorte, que cada unidad académica decida dónde aplicarlo, que cada madre escoja un hijo suyo y lo ofrende a Moloch. Rige el principio de responsabilidad, sólo que al revés.

Pero ni el prolongado bloqueo de recursos para investigación y docencia, ni la pasmosa estulticia de las políticas de Ciencia y Técnica

-CyT- (si así pueden llamarse), ni siquiera las infinitas oportunidades perdidas por improvisación y desidia en un momento en que la Historia baraja y vuelve a repartir nuevos peligros y oportunidades de crecimiento y desarrollo, nada de esto ha dañado tanto el potencial de desarrollo social y económico del país como el éxito abrumador de la ideología del "modelo" y su efecto devastador en la percepción de la historia presente. Es aquí, en este terreno, donde "los políticos", aunque no sólo ellos, han jugado un papel nefasto, y donde también algunos de ellos podrían cumplir otra misión. Volveremos sobre esto.

Hasta aquí, hemos contrastado el forma-

lismo democrático con la democracia instituida en el espíritu de la ley presente (aunque no cabalmente vigente) Lo hicimos de manera elemental: no hemos llegado a contraponer la ley misma con sus principios, ni a criticar estos principios en función del desarrollo histórico actual. Este régimen político es falso en términos de su propia ley, que a su vez es falsa con respecto al desarrollo alcanzado por la sociedad (el cual, por consiguiente, es contradictorio) Sin embargo, esa crítica todavía extrínseca y abstracta apunta ya con fuerza a la necesidad histórica de un orden jurídico actualizado, real. A una democracia no ficticia.

Más primitiva, más abstracta y no menos ingenua es la queja vulgar, que no va dirigida contra el orden político sino que vitupera a "los políticos" en tanto tales. Expresa, es verdad, aunque confusamente, el mismo reclamo de emancipación; pero lejos de abrir aquella perspectiva crítica y por tanto potencialmente superior, esta manera tan general y tan generalizada de expresarse la obnubila. En verdad, "los políticos", que pasan por culpables de todos los males, siéndolo de muchos, son también una parte del remedio. Para administrarlo no bastan sarcasmos y denuestos; es preciso también saber de qué se trata.

"Los políticos", como los conocemos hoy, son inseparables de los partidos políticos; tanto, que podemos usar todas las preposiciones del idioma (a, ante, bajo, cabe, con, contra, etc., hasta: sobre y tras) para indicar sus múltiples relaciones. Los partidos políticos forman un conjunto interacti-

vo en el que se expresa, hasta hoy todavía en escala nacional, la lucha de clases transnacional. A su vez, los partidos políticos que dependen del apoyo de las masas, en tanto complemento necesario de los regímenes electorales y parlamentarios, son criaturas tardías de la sociedad moderna y, aún más específicamente, del capitalismo industrial.

Los partidos sirven para mantener la forma del Estado Moderno. Más precisamente, para recrear la ilusión (ficticia pero objetiva) de que esa figura es la encarnación suprema del interés común y la voluntad general. Las campañas electorales renuevan la promesa. Ésta sólo se cumplirá en la medida necesaria para mantener la verosimilitud

"La historia oficial esconde ("lava") el origen fraudulento de la mayor parte de la deuda del Estado y calla las conocidas responsabilidades -políticas y penales- de las personas que urdieron, perpetraron y consintieron la estafa contra el país».

de nuevas promesas, o no se cumplirá del todo. En este caso la alternancia de los partidos del sistema ayudará a revivir la proyección de la fe secular de la que brota permanentemente de sus cenizas figura resplandeciente del Estado.

Junto a los políticos actúan -en calidad de ministros, secretarios de Estado, altos funcionarios y asesores, etc- los "técnicos". Éstos son "elegibles" en función de su "llegada" a círculos influyentes. El quid de su sabiduría "técnica" es saber bien quiénes son, qué quieren y cómo lo quieren los (sus) mandantes reales. Éstos suelen haber sido "sponsors" de ciertas instituciones que funcionan como almácgos de "técnicos" cultivados y mantenidos en reserva para determinada misión, y de refugios donde descansan su gloria con la misión cumplida. En nuestro país desempeñan ese papel instituciones como la Fundación Mediterráneo, Cema, Fiel.

Esos olímpicos áulicos disponen de apoyo y recursos para "descremar" la Universidad pública y competir con ella en renglones selectos en función de criterios de lucro y prestigio. Ofrecen así a docentes e investigadores sueldos sin parangón, roce académico internacional, y cachet profesional, dirigen a los jóvenes una oferta selecta de escaleras al Olimpo. Combinan la vida académica con actividades corporativas, hacen consultoría a clientes de primer nivel, y están dispuestas a colaborar con un gobierno sanamente orientado prestando capital humano en aras del buen manejo de la cosa pública.

Los partidos políticos modernos fueron antecendidos por otras formas de agrupación política, cuando el capitalismo comercial, el sistema mercantil y el Estado Absolutista dominaban la escena. Esas estructuras, de carácter jerárquico, donático y extorsivo, nunca fueron eliminadas por completo de los partidos políticos modernos, sino que hasta hoy resucitan en ellos una y otra vez, siempre en el margen de la legalidad o al margen de ella.

Desde grupos de presión incrustados en el Estado capitalista, hasta verdaderos partidos organizados para conquistar y ejercitar el poder en un principado o reino (pasando por toda la taxonomía de cortes, gremios, cofradías, corporaciones, sociedades secretas, cliques, logias, lobbies, mafias, "familias"), los partidos políticos en sus formas no modernas permanecen en estado latente entre los pliegues del Estado Moderno. Se activan cuando la lucha de clases arrecia y la confrontación entre sectores de capitalistas se exagera. Sus formas evolucionan con el sistema, y a la centralización general y tenden-

cial del capital corresponde durante una larga etapa, que comprende desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, la centralización de las federaciones de Estados y la estructuración de un orden internacional jerárquico entre los Estados nacionales.

Un episodio histórico significativo ilustra ese proceso. Sucede en los Estados Unidos tardo-decimonónicos: los comités de distrito de los grandes partidos políticos, asistidos por funcionarios y policías corruptos y patotas de matones ("gangs" y "gangsters"), detentaban un poder local omnímodo sobre una clientela cautiva que incluía inmigrantes europeos en la costa Este, negros en el Sur, pequeños comerciantes y artesanos por doquier. Controlaban el juego, la prostitución, la distribución y despacho de bebidas, los contratos locales de obras y servicios públicos, y, para rematar su dominio, eran también los señores del sufragio universal. La clave de su reinado era precisamente su poder de nominar candidatos ganadores. En este punto crítico pegó duramente la ley federal que instituyó con carácter obligatorio las elecciones primarias.

Esa ley abrió una nueva época. El capitalismo es esencialmente incompatible con la democracia plena, pero necesita proyectar su figura ficticia. Mientras los formalismos electorales se cumplan, el sistema político conserva cierta verosimilitud. En los países más desarrollados el progreso pone coto a los gangsters, pero no los elimina, y eventualmente los sube de nivel. El régimen de partidos electorales correlativo al sistema electoral no llega a constituirse en todos los países capitalistas, sino sólo en aquellos en los que este sistema presenta una forma ci-

«Usase "convertibilidad" como metonimia para designar en su fase presente la singular sucesión de "modelos" de macro-extorsión pública montados en torno a "la deuda"».

vilizada, con arreglo a su propia pauta.

La civilización que todavía florece sobre la base de este tipo de sociedad, empero, lejos de abarcar todo el mundo capitalista, permanece a lo largo de toda la historia de este sistema exclusivamente circunscripta a un selecto club de países, mientras en todos los otros una población miserable sufre la barbarie más degradante y espantosa. En los países ricos y prósperos se observa la característica específica de la sociedad capitalista moderna: hay una marcada escisión entre la esfera de los intereses privados y la esfera de la cosa pública. En la primera rige el principio de la división del trabajo, mientras en la segunda rige la división de poderes. En los

países pobres y miserables no hay sociedad civil, ni Estado moderno, ni la ficción de las libertades públicas, ni la igualdad ante la ley, ni la representación formalmente democrática.

El régimen de producción capitalista trajo a la Tierra: cielo, infierno, y purgatorio, y puso a cada país en lo alto o en lo bajo. Al nuestro lo sentó en el purgatorio, donde desde comienzos del siglo XX apenas logra pararse, hasta hoy nunca del todo.

Los países "condenados de la Tierra" no albergan un sistema local de partidos políticos modernos. No llega nunca a constituirse en ellos propiamente una sociedad civil, ni, por ende, un Estado Moderno; hay partidos en parte políticos y en parte militares, o bien con base de guerrilla, predominantemente tribales, étnicos o religiosos; allí la política es solamente asunto de gente en armas, uniformados o informales. Hay periódicas dictaduras de partido único. Surgen

grandes caudillos político-militares al frente de masas que conservan una base campesina en disolución.

Hay que observar las naciones bienaventuradas para apreciar el potencial civilizatorio del capitalismo, y por ende para observar cómo se implanta y evoluciona el juego de partidos políticos correlativo al sistema electoral universal. En los países capitalistas más poderosos del siglo XIX se desarrolla la puja proverbial entre conservadores y liberales, los cuales se alternan en el poder, representando respectivamente la aristocracia terrateniente (con inspiración religiosa y apoyo clerical) y la burguesía industrial.

En ese siglo, el capital está presidido por el capital industrial y el capitalismo por la primera potencia industrial. Con el desarrollo capitalista, burgueses y terratenientes se irán fundiendo en una sola clase capitalista, campesinos y artesanos, trabajadores rurales y urbanos, se irán fundiendo en el proletariado.

«Aquí los Jíbaros ministeriales, reducidos de cabezas, encargados de achicar el gasto público a tontas y a ciegas (sin asomo de horizonte de desarrollo civilizatorio), hallaron algunos huesos duros de quebrar: La Escuela Pública».

En los Estados Unidos de Norteamérica independizados de la corona, la confrontación entre demócratas y republicanos se entabla enteramente dentro del campo liberal burgués. Ya antes de la Guerra Civil, la clase terrateniente y las burguesías comercial, financiera e industrial, marchaban aceleradamente hacia su fusión en una clase capitalista virtualmente internacional.

En determinadas etapas del desarrollo capitalista, los países que ocupan escaños inferiores en el ranking celeste, y los más elevados en el purgatorio, tienen en común otras formas de animación del bipartidismo burgués. El contraste liberalismo versus nacionalismo (típico de esos estratos de países

en la era del capital no diferenciado) ilustra el hecho de que el capitalismo industrial no es posible en esos países (como en ningún otro) sin políticas públicas acordes.

Las potencias industriales más avanzadas jamás prescinden ellas mismas de las políticas de desarrollo y la gestión activa en defensa de sus industrias pero ponen todo su peso militar, económico, financiero y político en contra de Estados inferiores que pretendan practicarlas. Predican el liberalismo económico al resto del mundo.

Hacia comienzos del siglo XX, aparecen principalmente en Europa los terceros en discordia, que denotan la personalidad del proletariado industrial y su liderazgo sobre sectores pequeño-burgueses y campesinos: los partidos socialistas, primero, y comunistas, después. Así como la empresa de capital tiene dos caras, una que sonríe a los clientes y otra que vigila a los asalariados, también el Estado burgués presenta dos figuras, una hacia "la gente", "el pueblo" (en abstracto), "la ciudadanía", "los votantes", y otra a los militantes con objetivos propiamente democráticos y a los partidos políticos con plataformas populares dispuestos a cumplirlas. Mucho más gratos le resultan los partidos laboristas, populistas, socialcristianos.

Ante socialistas y comunistas, el Estado Moderno muestra sin vueltas que no es lo que decía ser, y parecía; no es la encarnación del interés común y de la voluntad general; tampoco es cabalmente el ámbito de la civilidad; ni, por fin, menos aún, la reali-

zación del altruismo universal. Es algo mucho más grosero: es el órgano de represión en defensa del orden burgués. El Estado Moderno es la negación de la Modernidad. Las condiciones o la perspectiva de militancia clandestina imponen una organización acorde a los partidos socialistas, tanto más sí cuanto menos moderna es la sociedad nacional en la que actúan (a comienzos del siglo XX, más en Rusia que en Alemania, más en ésta que en Inglaterra). Los partidos capaces de sobrevivir e incluso prosperar en condiciones de represión combinan la forma premoderna de organización cerrada de

cuadros, con la moderna forma abierta de partido de masas, y son en definitiva partidos de cuadros apoyados por las masas.

«Junto a los políticos actúan
-en calidad de ministros,
secretarios de Estado, altos
funcionarios y asesores, etc-
los "técnicos". Éstos son
"elegibles" en función de su
"llegada" a círculos
influyentes. El quid de su
sabiduría "técnica" es saber
bien quiénes son, qué
quieren y cómo lo quieren
los (sus) mandantes reales».

En el período comprendido entre 1864 (fundación de la Primera Internacional) hasta hoy, las principales corrientes políticas de inspiración socialista discrepan entre sí sobre la naturaleza del capitalismo y las condiciones y formas de acción consiguientes, superadoras del sistema. La escisión de la Segunda Internacional en torno a los presupuestos de guerra (que pavimentaron el camino del nazismo), la posterior adscripción de la Tercera Internacional a la doctrina estalinista del "socialismo en un solo país" (que darían una justificación "teórica" de la criminal usurpación estalinista y de la conducción desastrosa de la Unión Soviética), etc., son otros tantos testimonios que muestran hasta qué punto fue limitada e inconsecuente la adhesión de los socialistas del siglo XX al internacionalismo socialista.

Poseían en diversos grados la noción elemental de que el socialismo es inherentemente internacional; pero, con excepción de algunos marxistas, ignoraban el fundamento de esta noción. Ese fundamento reside sin duda en el carácter mundial del capitalismo en general, y del capitalismo industrial en particular. Los mismos marxistas, que comprendieron que el socialismo únicamente podía alcanzarse como consecuencia del máximo desarrollo posible del capitalismo, y, en consecuencia, debían fundar su estrategia socialista en el estudio del desarrollo del capitalismo industrial, captaron únicamente de un modo abstracto e incompleto las leyes inmanentes de transformación de este sistema.

Durante el siglo XX, la diferenciación del capital transformó profundamente la sociedad capitalista, y, en consecuencia, las condiciones de la lucha de clases y el teatro de operaciones de la política.

En esta sociedad capitalista profundamente transformada y agitada por nuevas transformaciones todas las funciones intelectuales: estudiantes, docentes, filósofos, científicos, médicos, tecnólogos, periodistas, políticos, etc., presentan una versión ficticia y una verdadera, y en todas el ejercicio verdadero, serio y consecuente se torna poco menos que imposible. La misión real del político es sin duda interpretar el mandato popular y ponerse incondicionalmente a su servicio. Para eso, en tanto "el pueblo quiere saber de qué se trata", el político tiene que saber qué está realmente en juego en el presente.

Más determinadamente, tiene que descubrir y concretar la mediación singular del

momento histórico. Pero el aquí y ahora histórico tiene también su dimensión abstracta, que no por pobre e insuficiente es menos necesaria: la finitud del sistema capitalista y las condiciones de su superación se tornan relevantes y cobran aguda vigencia en función del desarrollo del mismo sistema; desarrollo que a la par torna imposible su subsistencia y necesaria su superación.

Nos queda el aspecto inmediatamente político del hic et nunc. En todas las etapas históricas el capitalismo es un sistema de subsistemas; una estructura productiva mundial configurada en subestructuras; un espacio, en fin, constituido en subespacios. Subsistemas, subestructuras, subespacios, etc., cuya natu-

raleza cambia junto con las transformaciones históricas de la estructura mundial. La formación de los Estados nacionales, los sistemas coloniales, el imperialismo del siglo XX, son procesos destacados en la historia del capitalismo. Ahora bien, por defectuoso que fuera el

sistema político de representación popular en los Estados nacionales, el Estado moderno se caracterizó por mantener la formalidad de la representación y la ilusión de la democracia.

Esa forma y esa ilusión se tornan indirectas y tenues en los bloques económicos regionales (como el Mercado Común Europeo, el Nafta, el MERCOSUR) En las coaliciones militares, etc., se debilitan hasta su virtual extinción. Por último, son del todo inexistentes en las empresas de capital y, a fortiori, en las gigantescas empresas transnacionales que disponen de los recursos productivos de la humanidad y, por ende, de la humanidad.

En definitiva, el proceso de diferenciación del capital configuró una nueva estructura subsistemática del capitalismo, que

desborda de los Estados nacionales. En éstos la representación política se trivializa, en aquellos desaparece.

NOTAS

¹ Excede el marco de este trabajo, la exposición sobre las transformaciones y fases de desarrollo del sistema del capitalismo industrial. Ver Leví-Pablos, *El capital tecnológico*, FCE/Catálogos, 1997; Sobre el problema de la evolución de

la sociedad civil y el Estado en el marco del proceso de diferenciación del capital, el autor se haya abocado a esta línea de investigación para su próximo trabajo: *Capital Subsystems*.